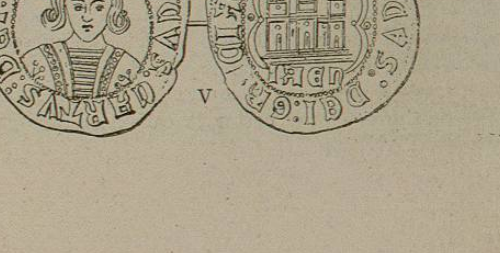
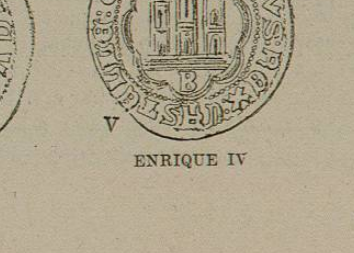
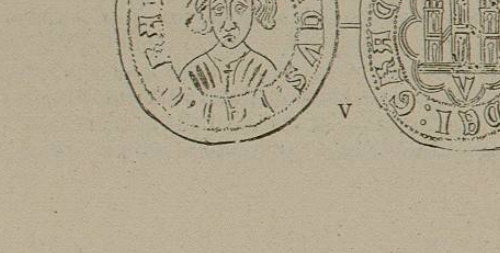
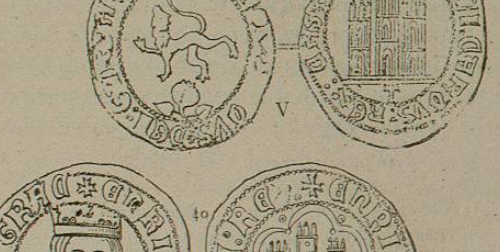
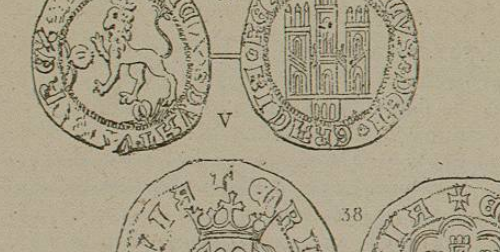
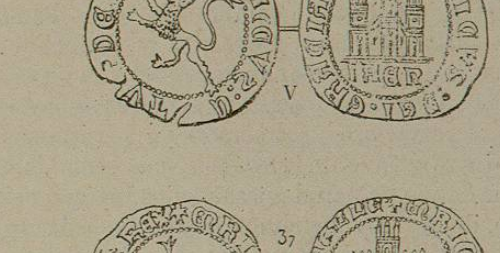
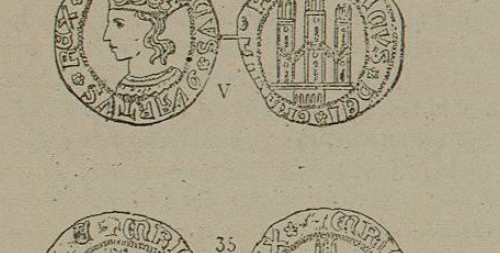
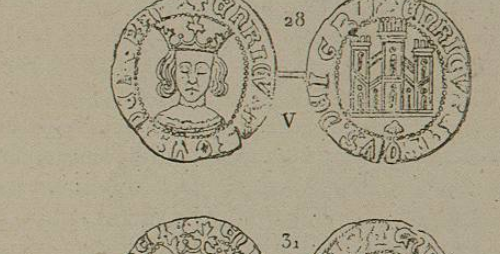
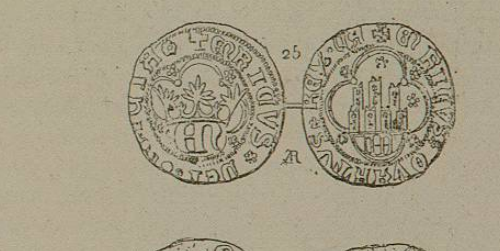
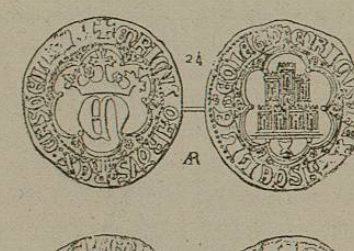
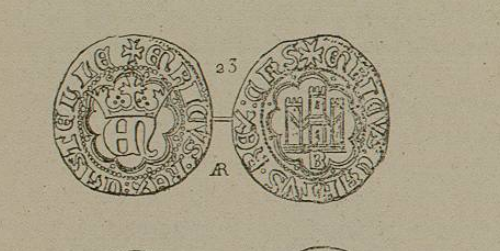
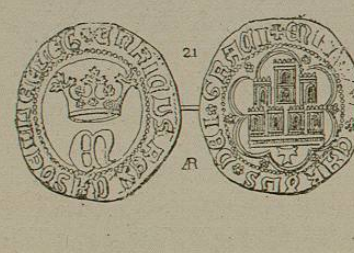
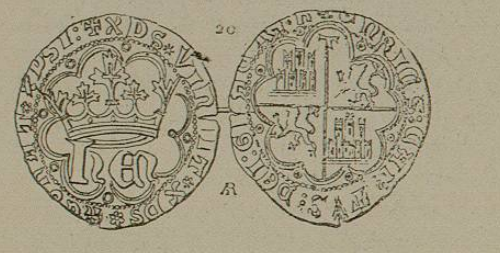
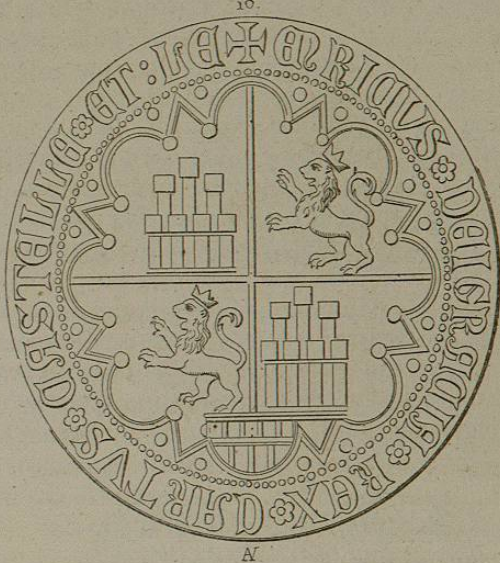
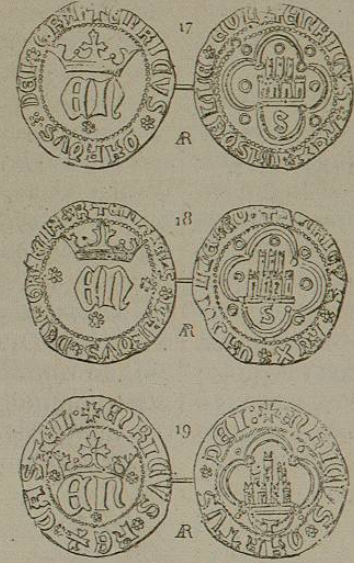
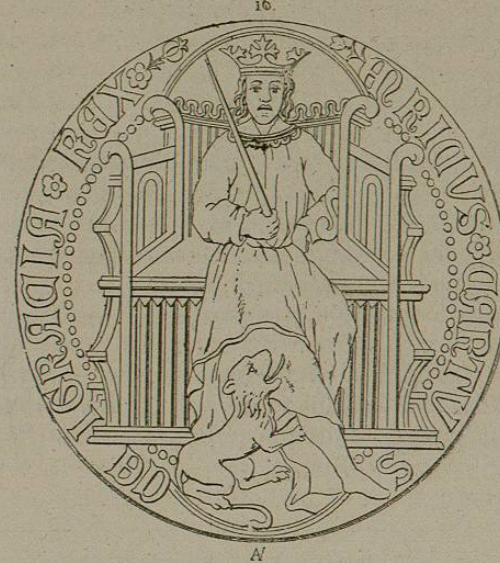
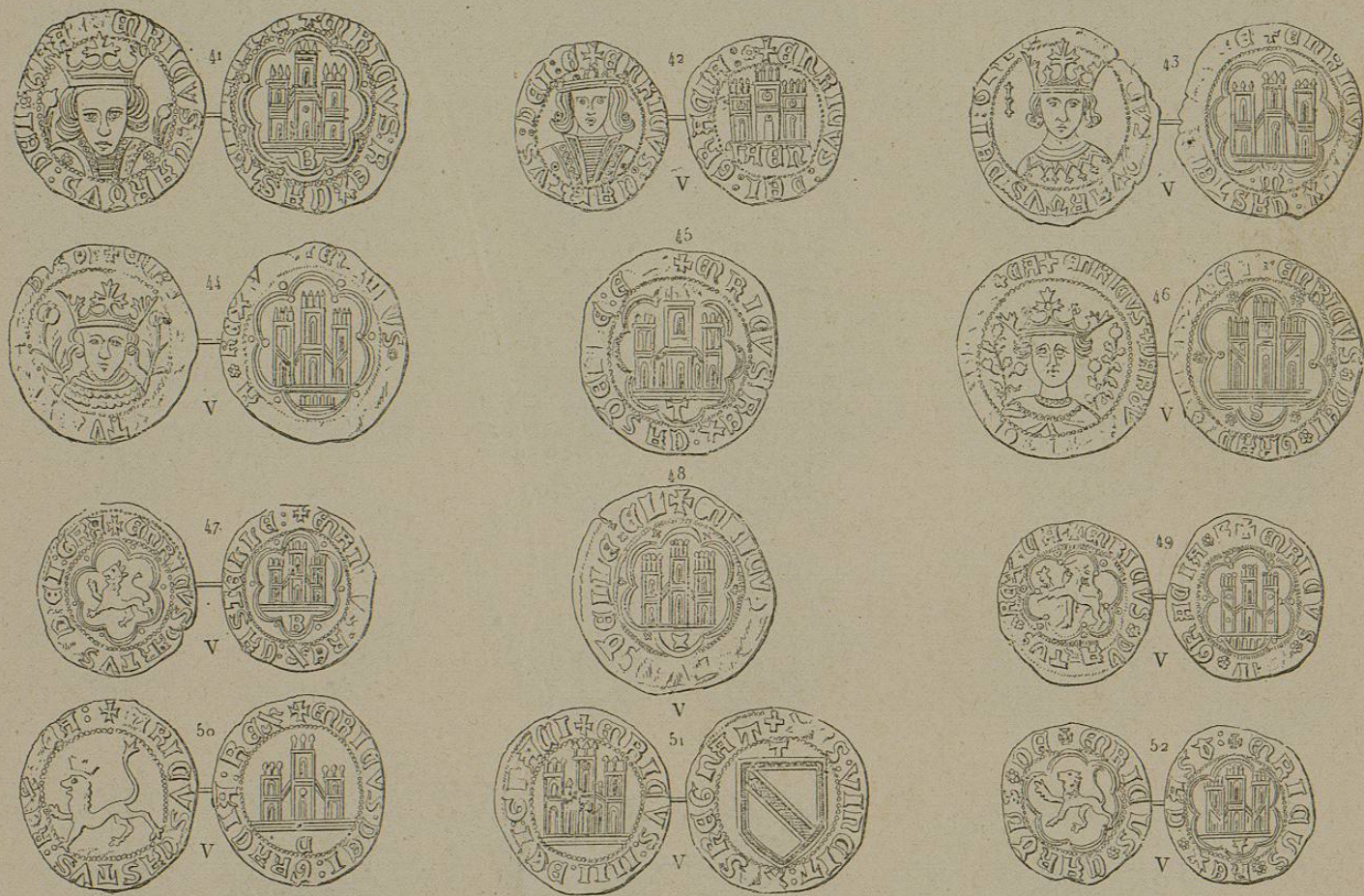


ENRIQUE IV



ENRIQUE IV

sus antojadizas pasiones. Entre las damas de la reina había una llamada doña Guiomar, señalada entre las otras por su hermosura. El rey tomó con ella, como dice su cronista, pendencia de amores, con tan poco recato que faltaba ya abiertamente á las consideraciones que debía á la reina por dedicar todos sus obsequios y galanteos á la manceba. No pudo aquella un día tolerar la insultante arrogancia de la dama de su esposo, y tomó la venganza por su mano, asiéndola por el cabello y sacudiéndola y golpeándola fuertemente. Grande enojo recibió el rey de este acto, mas no por eso renunció á unos amores y galanteos que tanto escándalo producían ya: contentóse con separar á doña Guiomar de la reina, trasladándola á dos leguas de Madrid, donde le puso una casa con magnífico y suntuoso menaje, y donde iba á menudo á visitarla y á holgar con ella (1).» El arzobispo de Sevilla no tuvo esertipulo



ENRIQUE IV

rique una embajada ofreciéndole su alianza y confederación, quiso el rey agasajar al embajador y ostentar á su presencia el lujo y brillo de su corte, á cuyo efecto dispuso unas magnificas fiestas en la casa de campo del Pardo. Pasáronse cuatro días en justas, torneos, monterías y espléndidos banquetes. El cuarto día, para cuando los reyes y la corte regresasen á Madrid, el joven don Beltran de la Cueva, gran cabalgador de la jineta, gracioso y esmerado en los atavíos de su persona, preparó y tuvo un *paso de armas* cerca de Madrid en el sitio por donde habian de pasar todos los que regresaban del Pardo, donde hoy llamamos la Puerta de Hierro. Los caballeros y gentiles hombres que llevaban damas no podían entrar sin que prometiesen hacer con él seis carreras, y los que no quisiesen justar habian de dejar el guante derecho. En un arco de madera que se habia construido se pusieron muchas letras de oro perfectamente labradas: el caballero que rompía tres

(1) Castillo, Crón. ub. sup.—Alonso de Palencia confirma esto mismo.—Antes de doña Guiomar habia tenido don Enrique otra dama llamada doña Catalina de Sandoval, á quien hizo despues abadesa de un monasterio de monjas en Toledo so color de que estas necesitaban ser reformadas; «buen título, dice á esto Mariana, pero mala traza, pues no era para esto á propósito la amiga del rey. A Alonso de Córdoba, su enamorado, hizo el rey cortar la cabeza en Medina del Campo.» Mar. Hist. lib. XXII, cap. 2.º

en adherirse á la causa de la manceba; el marqués de Villena se mantuvo en favor de la reina doña Juana, y á ejemplo de estos dos personajes, aquella corrompida corte se dividió en dos bandos, tomando parte cada cual por una de las dos bellas enemigas.

Tampoco la reina doña Juana tardó en inspirar sospechas de que no era el rey su esposo el que poseía todo su corazón. Su belleza, su juventud, sus modales ligeros y alegres daban alguna ocasion á ello, y el ojo suspicaz de los cortesanos señaló pronto á don Beltran de la Cueva, hidalgo de los mas generosos de Ubeda, y uno de los mas apuestos y gallardos caballeros de la corte, que comenzaba á gozar del favor del rey, y de paje de lanza habia ascendido á mayordomo mayor, como la persona á quien la reina hacia objeto de sus predilecciones. Con motivo de haber enviado el duque de Bretaña á don En-

lanzas iba al arco y tomaba la letra inicial del nombre de su dama. Don Beltran de la Cueva defendió solo contra todos y cada uno la belleza sin par de la señora de sus pensamientos, y aunque él no reveló el nombre de su dama, todo el mundo comprendió que era la reina á quien el caballero hacia los honores de su valor y de su brio. Duró esta fiesta desde la mañana hasta la noche, y el rey holgó tanto de este paso de armas, que queriendo honrar su memoria, mandó erigir en aquel sitio un monasterio de la orden de San Jerónimo, que se llamó *San Jerónimo del Paso*: ¡extraño origen por cierto de una fundación religiosa (2)!

(2) Castillo, Crón. c. 24.—Palencia, Crón. M. S. part. I, c. 20-21.

El monasterio de San Jerónimo que fundó Enrique IV, para perpetuar la memoria del paso de Beltran de la Cueva se hallaba situado en el tránsito ó vado de la otra parte del rio camino del Pardo.

Acabada la fábrica el año 1464 por la cuaresma vinieron á él siete religiosos del convento de Guadalupe. La primera advocación del convento fué Santa María del Paso; pero en 1465 envió el rey á decir al capítulo general que habia mudado de intento en cuanto al nombre del convento, y queria que se llamara San Jerónimo el Real de Madrid, y el capítulo no pudo menos de obedecer.

Estando situado en un sitio muy enfermizo, no habia nadie que quisiese tomar el hábito por no poderse habitar la casa sin notable riesgo de la salud y peligro de la vida. Conocido el daño, pidió la orden licencia á los Reyes Católicos para trasladar el convento al sitio en que es-

Al propio tiempo que así honraba el rey al que en el concepto del pueblo le hacia ya la mayor de las deshonras, enajenábase la nobleza elevando á las primeras dignidades del reino á personas humildes y desconocidas á quienes sacaba de la nada. Así habia dado el priorato de San Juan á un don Juan de Valenzuela; el gran maestrazgo de Alcántara á don Gomez de Solís, simple hidalgo de Cáceres; y hecho condestable de Castilla á un don Miguel Lucas, natural de Belmonte. Creía que elevando á estos puestos á gentes de baja esfera, tendria con eso servidores mas leales, agradecidos y devotos que los antiguos nobles, y lo que hacia era disgustar á estos y ensoberbecer á aquellos. Pródigo de mercedes con los hidalgos y gente comun, muchos dejaban el servicio de los grandes pasando al del rey con el aliciente de participar de sus liberalidades, lo cual acababa de indisponer contra él la grandeza, que ya trabajaba y conspiraba de secreto contra su soberano. Los dispendios en sueldos, fiestas y espectáculos eran tales, que ya un día su contador mayor y tesorero Diego Arias hubo de hacerle presente lo excesivo de tales gastos, y que no debía dar sueldos á muchos que ni le servían ni lo merecian. «Vos hablais como Diego Arias, le contestó, é yo tengo de obrar como rey.... y así quiero é mando que dédes de comer, á unos por que me sirvan, y á otros por que hurten y mueran deshonrados.... que por la gracia de Dios que me lo dió tengo rentas y tesoros para ello grandes.» Mas el resultado de esta ostentosa liberalidad, que su cronista y capellan Castillo ensalza mucho, se vió cuando se encontraron vacías las arcas de aquellos grandes tesoros. Atraiase no obstante con esta prodigalidad mucha parte del pueblo, al paso que se alejaba la nobleza.

Entre los grandes que se ofendian de ver eclipsada su influencia por la elevación de los nuevos privados, y que comenzaban á intrigar secretamente con otros nobles contra el rey, se contaban los dos mas poderosos personajes de Castilla, á saber, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo. Don Juan Pacheco, antiguo paje del condestable don Alvaro de Luna, por cuyo influjo habia entrado al servicio de don Enrique cuando era príncipe, y nombrádole su padre don Juan II marqués de Villena; este don Juan Pacheco, cuyo valimiento y privanza con don Enrique era como un trasunto del de don Alvaro de Luna con el rey don Juan; alma de todas las rebeliones y de todas las reconciliaciones del hijo con el padre durante diez años, y primer consejero de don Enrique despues de su subida al trono, era un hombre de fecunda imaginación para inventar intrigas y mover disturbios, y á propósito para seducir con su elocuencia. Ni vengativo, ni violento, pero disimulado y astuto, atento siempre á su interés, pero paciente para esperar su ocasion, imperturbable en los reveses, y bastante sereno para no aventurar nunca en una hora lo que le habia costado muchos años adquirir, dulce y afable en su trato, fácil en acomodarse á los tiempos, pero perseverante en sus designios, su política era tanto mas temible, cuanto mas sagaz, aviesa y torcida (1). Su tío el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo era de un carácter diametralmente opuesto al de Villena. Duro, irascible, implacable en sus resentimientos, orgulloso, turbulento y altivo, de aquellos prelados de la edad media, que parecían nacidos mas para vestir casco que mitra, y mas para manejar la acerada espada del guerrero que el pacífico cayado del apóstol, iba mas derecha y desembozadamente á sus fines, y su carácter intrépido y fogoso contrastaba con la paciente espera de su sobrino. Sus pensamientos eran mas altos que sus fuerzas, y su gran corazón no le dejaba medir las facultades con que contaba para las empresas en que se metía (2).

tuvo hasta nuestros días: diéronla con facilidad por las razones dichas, y porque entendieron de personas fidedignas que el mismo rey don Enrique tuvo propósito de hacer esta mudanza conolido de las continuas enfermedades que veía padecer á los religiosos. Hizose la traslación con autoridad de la santidad de Alejandro VI en 1503, siendo general de la orden fray Pedro de Bejar.—Quintana, Grandezas de Madrid, libro 3.º capítulo 72, pág. 399.

(1) Pulgar, Claros Varones de España, tit. VII.

(2) Hernando del Pulgar, ibid. tit. XX. «Este arzobispo, añade Pulgar, dando y gastando en el arte de la alquimia y en buscar mineros y te-

Sin embargo, ni el de Villena ni el primado rompieron todavía en abierta contradicción con el rey; antes por consejo y maña de don Juan Pacheco quitó el monarca la ciudad de Soria con las villas del infantado y prendió á don Juan de Luna, sobrino de don Alvaro, que las tenia, porque queria el de Villena casar á su hijo con la sucesora y heredera de aquel condado y señorío. Por él castigó y redujo á simple escudero de una lanza á don Alonso Fajardo, adelantado de Murcia, acusado de abusos y excesos como gobernador de aquella frontera.

La paz que don Enrique habia concertado en Agreda con el bullicioso rey don Juan de Navarra su tío, proseguía, y aun fué confirmada en unas vistas que ambos reyes tuvieron despues (1457) entre Corella y Alfaro. Conveniente entonces al de Navarra mantener la amistad con el de Castilla, á causa de las discordias que aquel monarca traía con el príncipe de Viana su hijo; y con deseo de estrechar mas su alianza le proponía el doble casamiento de sus dos hijos doña Leonor y don Fernando con los infantes de Castilla don Alfonso y doña Isabel, hermanos menores del rey, si bien la mano de la princesa Isabel la solicitaba tambien el príncipe don Carlos de Viana (3). Mas todo mudó de aspecto con la muerte de Alfonso V de Aragon y de Nápoles (1458). Don Enrique de Castilla perdió con su muerte un aliado, y tan luego como don Juan de Navarra heredó el trono aragonés se olvidó de sus compromisos con don Enrique. Y como hubiese ido tomando cuerpo la sorda conspiración de los grandes de Castilla contra su soberano, de la cual formaba parte el almirante don Fadrique, padre de la reina de Aragon, fuéles fácil á los conjurados magnates hacer entrar en su confederación al rey de Aragon y de Navarra. En esta liga, que se firmó en Tudela (1460), figuraban el arzobispo de Toledo, el almirante don Fadrique, el conde don Enrique su hermano, el marqués de Santillana, don Diego Hurtado de Mendoza, hijo de Iñigo, los condes de Alba y de Paredes, el maestre de Calatrava don Pedro Giron, hermano del marqués de Villena, y otros varios nobles y caballeros. Permanecía fiel al rey el arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca. El marqués de Villena, uno de los motores secretos de la liga, tuvo la habilidad de disipar las sospechas del soberano, y aun de arraigarse mas en su privanza, haciendo que se separara de la confederación el maestre de Calatrava su hermano. Esta conjura fué la que movió á don Enrique á aliarse con el príncipe de Viana, á ofrecerle la mano de su hermana doña Isabel que aquel pretendía, y á favorecer á los catalanes partidarios del príncipe hasta conseguir libertarle de la prision en que le habia puesto su rencoroso y desnaturalizado padre, segun que en el anterior capítulo dejamos expuesto (1461).

Mientras los catalanes con su amado príncipe don Carlos distraían y ocupaban al rey de Aragon dándole tanto que hacer por la parte de Cataluña, el rey don Enrique de Castilla invadía la Navarra, se apoderaba de Viana, que no pudo sostener el condestable Mosen Pierres de Peralta que la defendía, y regresaba triunfante á Logroño. Esta invasión no solo habia sido aconsejada por el marqués de Villena, sino que este privado habia hecho de modo que fuese por principal capitán de aquella campaña el maestre de Calatrava don Pedro Giron su hermano. Merced á la astuta y tortuosa política del de Villena, que poseía el arte de desavenir y concertar á todos segun convenia á sus miras é intereses, no solo volvió al servicio del rey el marqués de Santillana, á quien fué restituida la ciudad y señorío de Guadalupe de que don Enrique le habia despojado, sino que casi todos los de la liga, y hasta el almirante y el arzobispo de Toledo se reconciliaron, al menos en apariencia, con el rey, y se presentaron en Ocaña á hacerle reverencia; don Enrique, además de recibirlos con alegría, les prometió honras y mercedes. El arzobispo de Sevilla, que habia quedado de gobernador del reino, y que quiso advertir al rey del mal

soros, pensando alcanzar grandes riquezas para las dar é distribuir, siempre estaba en continuas necesidades, y sin duda-pudiese creer que si lo que deseaba tenet este perlado respondiera al corazón que tenia, hiciera grandes cosas.»

(3) Véase lo que sobre estos proyectos y negociaciones matrimoniales dejamos ya dicho en el capítulo precedente, Reinado de don Juan II de Navarra y Aragon.

camino que en aquello llevaba, fué apenas escuchado y de todo punto desatendido. Obra era todo del marqués de Villena, cuya política sagaz y ladina era la de apartar del rey los consejeros leales, y rodearle de los menos adictos, para hacerse en todo tiempo el hombre necesario (1).

Otro príncipe de mas resolución y energía que don Enrique hubiera podido sacar gran provecho y medro de los sucesos y ocasiones con que la fortuna le brindaba. En la historia del reinado de don Juan II de Aragón (2) dijimos ya cómo la desgraciada princesa doña Blanca de Navarra, su primera y repudiada esposa, olvidando antiguas afrentas y agravios, había hecho en él renuncia de aquel reino. Vimos también cómo los catalanes, después de la muerte del príncipe de Viana, antes que someterse al rey de Aragón, habían preferido ofrecer la corona del Principado al rey de Castilla. Condújose don Enrique, ya como heredero nombrado de Navarra, ya como soberano electo de Cataluña, con tal flojedad ó con tan poca política, que sobre no obtener el señorío de Navarra concluyó por desamparar á los catalanes poniéndolos en el caso de transferir á don Pedro de Portugal el cetro y dominio del Principado de que le habían investido. El arreglo de sus disensiones y guerras con don Juan II de Aragón tuvo mas de dramático que de honroso para el rey de Castilla. Los dos monarcas enemigos habían acordado comprometer sus diferencias y someterlas al fallo arbitral de Luis XI de Francia, que había sucedido á Carlos VII en aquel reino, y cuya política y tendencias eran intervenir en todos los negocios de otras naciones para explotarlos en provecho propio. Al efecto se celebraron primeiramente conferencias en Bayona, y luego se acordó que los dos reyes de Francia y de Castilla se viesan entre Fuenterrabía y San Juan de Luz. Realizáronse estas vistas á las márgenes del Bidasoa, río que divide los términos de ambos reinos (mayo, 1463).

Las circunstancias de esta entrevista fueron tan notables como su mismo resultado. Acompañaban al rey de Castilla el marqués de Villena, los obispos de Calahorra y de Burgos, el maestre de Alcántara y el gran prior de San Juan, don Beltrán de la Cueva, nombrado ya conde de Ledesma, con otros muchos nobles y caballeros de las órdenes, todos ricamente ataviados y vestidos, y con tal magnificencia y gala cual no se había visto jamás en Castilla. Distinguiase entre todos por su lujoso y brillante arreo don Beltrán de la Cueva, en cuyo vestido brillaban con profusión el oro y las piedras preciosas. Pasó el rey del otro lado del río en una barca gustosamente engalanada, y siguiéronle en otras barcas los señores y caballeros de su corte. Esperábalos á la otra orilla el rey Luis XI con su acompañamiento. Singular contraste formaba el magnífico atavío de los nobles castellanos con el humilde porte de los caballeros franceses, incluso el de su rey, que consistía en una corta sobrevesta de paño burdo, un justillo de fustán y un sombrero viejo, en que llevaba cosida una imagen de plomo de la Virgen; traje que pasaba ya la línea de lo modesto y humilde y tocaba en la de lo desaliñado y lo indecoroso. Tal contraposición afectó igualmente á los hombres de ambas naciones; los franceses ridiculizaban la pomposa ostentación de los españoles, y los castellanos se mofaban de la miserable tacañería de los franceses. Adelantóse el rey Luis á recibir á don Enrique, diéronse las manos y se abrazaron. Conferenciaron seguidamente un rato, recostado el de Castilla en una peña, y estando en medio de los dos un valiente y hermoso lebrón en que ambos apoyaban las manos. Al cabo de un breve espacio pronunció Luis XI su sentencia arbitral, reducida á que los catalanes volviesen á la obediencia de su rey don Juan; que el de Castilla retirara las tropas que había enviado á Cataluña, renunciando á favorecer la insurrección; que en cambio se le daría la ciudad de Estella y su merindad en Navarra por los gastos de la guerra que había hecho en este reino en favor del príncipe Carlos, y que la reina de Aragón y la infanta doña Juana su hija se pondrían en rehenes

(1) Crón. de Castillo, caps. 28 al 32.—La parte relativa á las negociaciones, guerras y tratados entre Castilla, Cataluña y Navarra, se halla expuesta con mas latitud en los Anales de Aragón, de Zurita, I. XVII.

(2) Cap. 29.

en la villa de Lárrega en poder del arzobispo de Toledo hasta que la sentencia se cumpliera. Leído y aceptado el fallo, se despidieron los dos monarcas con tan poca estimación como se habían manifestado sus respectivos cortesanos, y el de Castilla se retiró en sus barcas á dormir á Fuenterrabía (3).

Esta célebre sentencia descontentó igualmente á catalanes, navarros y castellanos, y así era natural, puesto que en ella solo quedaba favorecido el rey de Aragón, á quien el francés halagó sin duda por convenir así á sus miras sobre los condados de Rosellón y Cerdeña. Cuando don Enrique comunicó la decisión arbitral á los mensajeros de Barcelona, Cardona y Copones, estos severos é independientes catalanes no se despidieron de él sin dirigirle palabras harto duras, y se salieron diciendo en alta voz: *Descubierta es ya la traición de Castilla; llegada es la hora de su gran desventura y de la deshonra de su rey*. De resultas de este abandono fué cuando los catalanes ofrecieron su señorío y llamaron al condestable don Pedro de Portugal. No menos ágramente se quejaron los castellanos de una sentencia en que tan lastimado quedaba el honor de su nación, y tan menguada la honra de un monarca que de aquella manera permitía sacrificar los intereses de su reino. Públicamente acusaban al marqués de Villena y al arzobispo de Toledo de autores de aquella deshonra; culpábanlos de haber comprometido al rey, y los suponían en connivencia con don Juan de Aragón y con el monarca francés. El mismo don Enrique á su regreso á Castilla llegó á comprender que había sido instrumento y juguete miserable de las tramas é intrigas de aquellos magnates. Quiso remediarlo, pero el remedio era ya tardío. Débil hasta la imbecilidad, no solo no se atrevió á romper ni con el marqués ni con el primado, sino que habiendo recibido una carta, en que le invitaban á que fuese á la villa de Lerín en Navarra que estaba por él, les complació con admirable condescendencia y se fué á Lerín. Durante su estancia de tres meses en esta villa, el condestable Mosen Pierres de Peralta se apoderó de Estella (la ciudad que había sido dada á don Enrique en el fallo arbitral del Bidasoa), con pretexto de rebelarse en ella contra el rey de Aragón. Todos los días veía aparecer en las salas, en las escaleras, por donde quiera que andaba, escritos en que le avisaban que guardase su persona, pues corría peligro su vida. Intimidado don Enrique, cada vez mas receloso de los manejos del de Villena, pero sin resolución para proceder contra él, determinó salirse de allí, y vino otra vez para Segovia.

La conjuración de aquellos magnates contra el rey era sobradamente cierta. Veamos lo que había ocasionado aquella enemiga, además de los resentimientos y quejas que anteriormente hemos expuesto.

En 1461 se había recibido con extraordinario júbilo, y muy especialmente por parte del rey, la feliz nueva de que la reina su esposa sentía síntomas ciertos de próxima maternidad. Esta noticia, después de mas de seis años de un matrimonio estéril, y atendida la cualidad de impotencia que muchos atribuían al rey, colmaba los deseos de don Enrique, que veía desvanecerse aquellos desfavorables rumores. Inmediatamente dispuso que fuese conducida la reina con el mas exquisito esmero y cuidado á Madrid, donde él á la sazón se hallaba, y donde gustaba de tener su corte, para que viese aquí la luz el hijo ó hija que hubiese de nacer (4). Los enemigos y envidiosos del favor de don Beltrán de la Cueva no dejaron de esparcir voces siniestras, tan deshonrosas para la reina como para el rey, designando sin gran rebozo á don Beltrán y atribuyendo á sus familiaridades con la reina las esperanzas de

(3) Phil. de Comines, Memoires, lib. III, c. 8.—Castillo, Crón. capítulo 49.—Zurita, Anal. lib. XVII, c. 50.

(4) Es curioso y digno de notarse el modo con que la reina hizo este viaje y entrada en Madrid. Traíanla en andas, dice su cronista, «porque viniese reposada y sin peligro de la preñez.» El rey salió á recibirla fuera de Madrid con los grandes de su corte. Luego que la encontró, «mandó que la pusiesen á las ancas de su mula, porque con mas honra é reposo entrase en la villa hasta el alcázar donde se había de aposentar.» Castillo, Crón. c. 36.—Esto lo ensalza el cronista como la mayor demostración de amor y de honra que podía hacerle el rey. Extraña costumbre, pero de que no podemos dudar al leerla en un escritor, no solo contemporáneo, sino capellan y de la corte de aquel mismo monarca.

sucesión que esta anunciaba. Eran estos principalmente el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo, los cuales, con miras y proyectos ulteriores, lograron persuadir al rey que trajese á la corte sus dos hermanos doña Isabel y don Alfonso, con pretexto de que en ella se educarian mejor y aprenderian mejores costumbres, que no en Arévalo, Escalona ó Cuellar, donde el rey los tenia siempre apartados (1). A los pocos meses la reina, después de un parto trabajoso, dió á luz una princesa (marzo, 1462), á quien se puso por nombre Juana como su madre. Celebróse su nacimiento con grandes fiestas populares, y el rey le recibió como un presente del cielo. Bautizóla el arzobispo de Toledo, teniendo por asistentes á los obispos de Calahorra, Cartagena y Osma, y fueron sus padrinos el embajador de Francia, conde de Armañac, y el marqués de Villena, y madrina la infanta doña Isabel, hermana del rey, y la marquesa de Villena. A los dos meses fué reconocida la infanta doña Juana en las cortes de Madrid como princesa de Asturias y heredera del reino, jurándola sus mismos tíos don Alfonso y doña Isabel.

No impidió esto para que la nueva princesa fuese designada con el nombre harto significativo y nada honroso de la *Beltraneja*, con que se quiso indicar y difamar su origen, y con que fué siempre conocida. Y como en medio de las fiestas del natalicio el rey tuvo la poca discreción de agraciarse á don Beltrán de la Cueva con el señorío de Ledesma con título de conde, y de favorecerle y sublimarle dándole gran parte en los consejos y en la gobernación del reino, crecieron mas las murmuraciones y las envidias, y con ellas el resentimiento de los ya harto enojados magnates (2). No tardó la reina en dar la segunda muestra de su fecundidad, si bien esta vez un incidente raro y extraordinario hizo que se malograsen sus esperanzas (1463). Tenia la costumbre de humedecer y suavizar su cabello con un líquido, sin duda de naturaleza inflamable, y un día, hallándose en su cámara, un fuerte rayo de sol que entraba por una ventana y daba en su cabeza le inflamó y encendió la cabellera, en términos que si sus damas no hubieran acudido tan diligentes á apagar el fuego, hubiera corrido peligro de abrasarse. Bastó no obstante para que el susto le hiciera mover antes de tiempo un feto de seis meses que nació sin vida, y que por la circunstancia de ser varón produjo en el rey mayor pesadumbre. Hicieronse siniestros augurios sobre el caso, tomando de ello algunos ocasión para vaticinar desgracias sobre el rey y la reina. A todo esto el favor siempre creciente de don Beltrán de la Cueva, y su enlace con una hija del marqués de Santillana, que le entroncaba con la poderosa familia de los Mendozas, acabaron de hacerle odioso al de Villena que veía menguar su influjo y favor, y de aquí la conjuración contra el nuevo favorito y contra el mismo rey, y la malicia con que le aconsejaron en los negocios de Aragón, Cataluña y Navarra, y los compromisos en que le pusieron y de que salió tan rebajada y desprestigiada su honra y autoridad.

Marchaban á la par la ingratitud y la audacia de los magnates y la poquedad y debilidad del rey. Sin consultar ya con el de Villena hizo el monarca un viaje á Extremadura, donde se vió con el de Portugal y ajustó el matrimonio de su hermana Isabel con el soberano de aquel vecino reino; matrimonio que aquella jóven é ilustre princesa tuvo el buen sentido de rehusar, diciendo que no podía disponerse de su mano sin autorización y consentimiento de las cortes de Castilla. Al regreso del rey á Madrid halló que el primado de Toledo y el marqués de Villena se habían ausentado de la corte y se mantenían en Alcalá de Henares en actitud sospechosa y aun amenazante. En efecto, estos dos poderosos próceres, depuesta

(1) Doña Isabel tenia entonces diez años y don Alfonso ocho, y á pesar de su corta edad hemos visto que se había tratado ya en muchas ocasiones de casar á estos dos príncipes, y especialmente á doña Isabel.

(2) Mosen Diego de Valera dice sobre esto: «El rey mandó á los Grandes... que jurasen á esta doña Juana por princesa, lo cual algunos hicieron mas por temor que por voluntad, como fuesen ciertos aquella no ser hija del rey; y otros non lo quisieron hacer, y algunos hicieron reclamación del juramento, entre los quales, como quiera que á don Luis de la Cerda, conde de Melinaçeli, fueron prometidos mil vasallos por que la jurase por princesa, nunca lo quiso hacer.» Cap. 19.

ya toda consideración y disimulo, en la ausencia del rey habían organizado contra él una confederación en que entraban el almirante don Fadrique y su hijo, los condes de Benavente, de Plasencia, de Alba y de Paredes, el obispo de Coria y varios otros prelados, señores y caballeros, mientras el maestre de Calatrava, don Pedro Giron, hermano del de Villena, sembraba la discordia por toda Andalucía. Don Enrique, en vez de proceder con energía contra los disidentes magnates, cometió la torpeza de rogarles una y otra vez que se viniesen á la corte, donde les informaría de los tratos hechos con el de Portugal y de otros particulares que cumplían á su servicio. Envalentonáronse con esto los rebeldes, y no accedieron á la invitación del débil monarca sin imponerle humildes condiciones, entre ellas la de que mandase prender al arzobispo de Sevilla don Alonso de Fonseca, de quien el de Villena hizo creer al rey que era su mayor enemigo, mientras secretamente avisaba al prelado sevillano que procurara salvar su persona porque el rey intentaba reducirle á prisión. De este modo el astuto don Juan Pacheco, marqués de Villena, gran maestro en las artes de la intriga, hacia aparecer enemigos é introducía la discordia y la guerra entre el rey y sus mas leales servidores.

Pronto sintió el desacordado monarca los efectos de su debilidad. Una noche hallándose en su palacio oyó caer con estruendo las puertas del régio alcázar, y ruido y alboroto de gentes que penetraban en su mansión. En su aturdimiento se refugió á un pequeño retrete en compañía de don Beltrán de la Cueva, conde de Ledesma. Los que de aquella manera tan tumultuosa habían invadido los aposentos reales, eran los condes de Benavente y de Paredes, el hijo del almirante y otros caballeros de cuenta, que capitaneados por el de Villena iban con ánimo de apoderarse de los infantes y de prender al rey y á don Beltrán de la Cueva. El de Villena se adelanta solo á la estancia del rey, y con su doble y artera política fingese indignado de aquel insulto, y como quien conoce y se burla de su flaca condición, le excita á que no le deje sin castigo. «¿Parcéevos bien, marqués, le dijo el rey, esto que se ha fecho á mis puertas? Sed seguro que ya no es tiempo de mas paciencia.» Pero el resultado se redujo á una estéril y pasajera indignación de parte del monarca, y á salirse el de Villena con los suyos impunemente de palacio, tal vez por no convenirle entonces llevar las cosas mas adelante. Pronto las hizo llegar á su mayor extremo. Porque el desacordado don Enrique, sin embargo de conocer que la causa principal de tales atentados era la privanza que dispensaba á don Beltrán de la Cueva, se empeñó en elevarle y engrandecerle mas, nombrándole gran maestre de Santiago, la mayor dignidad de Castilla, que nadie había tenido desde don Alvaro de Luna, que correspondía de derecho al infante don Alfonso su hermano, que le colocaba en mas alta esfera que el de Villena, y le constituía el primer personaje del reino. Con esto el enojo del de Villena ya no tuvo límites, y en su ofendida altivez juró perder á su soberano, pero sin faltar á su habitual cautela y disimulo.

En el alcázar de Segovia, donde había ido con la reina, la princesa, los infantes y el nuevo maestre de Santiago, faltó poco para que hubiese una escena mas horrible que la del palacio de Madrid. El plan era apoderarse una noche de toda la real familia y asesinar al maestre don Beltrán. Los ejecutores habían de ser los condes de Paredes, de Plasencia y de Alba, de quienes el marqués de Villena había tenido la astucia de fingirse enemigo. Un capitán del rey, y su esposa, dama de la infanta Isabel, habían de introducirlos por una puerta secreta hasta los dormitorios de la real familia y del favorito don Beltrán. La Providencia permitió que se descubriese esta inicua trama algunas horas antes de ponerse en ejecución, hallándose el marqués de Villena con su fria serenidad dentro del mismo palacio, acompañando al rey, como la persona mas extraña á aquellos proyectos. Aconsejábanle á don Enrique que le prendiese, pero el bondadoso monarca se contentó con hacérselo notificar para ver qué respondía. La contestación del marqués fué hacerse el sorprendido, añadiendo que si supiera que alguno de los suyos había sido capaz de concebir tan negro designio, él mismo le entregaría para que se hiciese justicia en él. Bastó esto al cándido monarca para que dejara ir otra vez libre al de Villena, el cual inventó luego una nueva